

ARTURO PÉREZ REVERTE | NOVELISTA

# «Quiero que el lector corra con el aliento de los caballos franceses a la espalda»

Está reciente la publicación de *Un día de cólera* (Alfaguara), un espléndido relato sobre los hombres y mujeres envueltos en los sucesos del 2 de mayo de 1808 en Madrid (Ver Filandón, número 1.077 -16 de diciembre de 2007-). Héroes y cobardes, víctimas y verdugos, la Historia retuvo los nombres de buena parte de ellos: las relaciones de muertos y heridos, los informes militares, las memorias escritas por actores principales o secundarios de la tragedia, aportan datos rigurosos para el historiador y ponen límites a la imaginación del novelista.

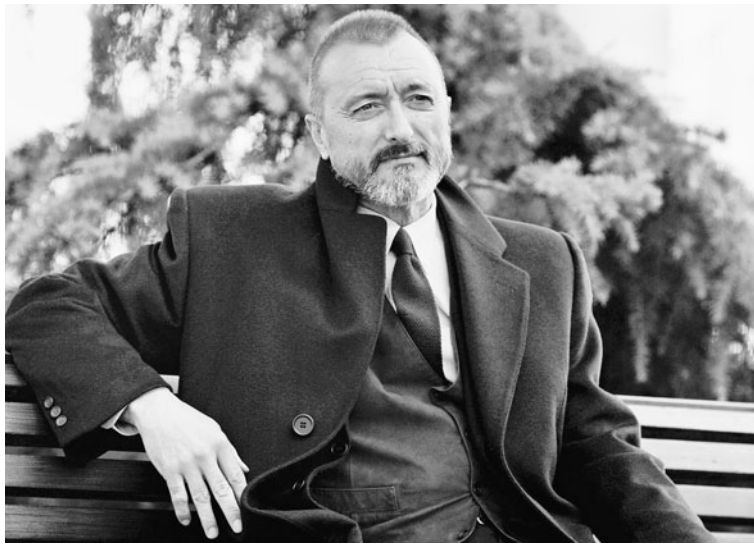
E. A.

—¿Cómo nace este libro, cómo se le ocurre la idea de volver al Dos de Mayo?

—Quería contarle de otra forma. Se ha contado muy bien, Galdós lo contó muy bien y hay libros de historia bastante buenos, pero yo quería contarle desde dentro de la gente, quizá lo que no se contó nunca fue desde el punto de vista de la gente que estuvo peleando. Por suerte, hay muchísimo testimonio de las víctimas, de testigos que lo vieron todo y que dejaron constancia de cada hecho. Me apetecía mucho contar la historia como si estuviera el lector en la calle. Cómo habría visto este día si hubiera estado corriendo por las calles de Madrid de un lado a otro, disparando, con el barullo. Cómo habría sido, cómo lo contaría a mis amigos después de haber sido testigo directo de los hechos. Me fui a los documentos, y con ellos en la mano me fui a mapas de la época, cruzándolos con mapas actuales, y me fui a los sitios para contar ese movimiento de masa, de gente, de pueblo. Ahora entiendo bien lo que ocurrió, ahora entiendo bien por qué pasó todo como pasó, por qué murió la gente donde murió, por qué pudieron resistir donde resistieron. Ha sido como viajar atrás, una experiencia muy interesante.

—Hablando de viajar atrás, ¿podría hablar de qué, cómo se veía el Dos de Mayo cuando era niño, cuando escuchó las primeras historias sobre ese día?

—Mi generación fue educada en el mito del Dos de Mayo, la fecha patria cuando empieza la Guerra de la Independencia. El franquismo adobó el Dos de Mayo con un montón de elementos no siempre irreales; muchos de ellos eran reales y legítimos, pero digamos que lo envolvió todo en una especie de gesta imperial, una más de la larga historia imperial de España. De niño tenía esa idea que teníamos todos: los españoles levantados todos contra el francés. Pero, claro, luego lees, te haces mayor, investigas, y te das cuenta de que el Dos de Mayo no salió España a la calle. El Dos de Mayo fueron cuatro. Saldrían a la calle tres o cuatro mil personas como mucho. Gente humilde: albañiles, carniceros, manolas, chisperos... Gente de los barrios bajos de Madrid, gente de navaja fácil, gente bronca. Pero la gente de clase media, de clase alta, las «buenas familias» se quedaron todas en sus casas, porque eso no iba con ellos, era una algarada. Ahora lo vemos con la distancia, la guerra vino después... En su momento aquello fue un motín callejero. Era



PAGO CAMPOS

El escritor afirma que «el Dos de Mayo no fue un movimiento patriótico, una sublevación nacional. Fue un día de cabreo»

«He querido despojar de manipulación al Dos de Mayo. Quiero que el lector, al ver lo que ocurrió, al conocer a los protagonistas, entienda, asuma y saque sus propias conclusiones»

chusma la que estaba en la calle. Los patriotas y los intelectuales, aquellos que teóricamente tenían que haber movido a las masas, no intervinieron. La graduación más alta militar fueron dos capitanes: Daoíz y Velarde, y porque la gente los obligó, sobre todo a Daoíz, a tomar partido. En cuanto a las partidas que se levantaron, estaban dirigidas por un botillero, un peluquero, un estudiante, un grupo de albañiles, un hostelero, un platero... Solamente una de esas partidas, la que mandó el marqués de Malpica, está mandada por un aristócrata. ¿Qué pasa? Que el franquismo anuló ese concepto y lo manipuló: vendió una sublevación dirigida por los militares heroicos, de un pueblo contra el francés. Y no fue así. Un grupo de gente se echó a la calle porque estaba cabreada, porque no quería a los franceses, por lo que fuera: era gente bronca, no querían que el francés le tomara el vino gratis en el bar, le dijera píropos a su novia o se quedara con la mejor cama de la posada. Estaban cabreados. Fue un día de cólera, un día de furia, se echó la gente a la calle y nada más. Los mismos protagonistas pensaban que aquello no iba a ir a más. Cuando terminó aquella noche y hubo los fusilamientos y la represión, todo el mundo daba por supuesto que aquello se había terminado, que se había acabado con el motín. No sabían que iba a generar lo que generó.

—¿Cambió nuestra historia?

—Completamente. Quienes cambiaron nuestra historia fueron cuatro albañiles, dos carniceros, un carpintero,

dos cocheros y dos mozos de mesón. Los demás fueron a remolque de ellos. Lo que sorprende es el coraje con el que se batieron. Espanta, cuando ves las cifras de muertos y las relaciones de los combates, la dureza con la que esa gente se echó a la calle a pelear contra los franceses, por un rey, por una patria, por ideas muy vagas. Los ideólogos se quedaron en sus casas. Hubo un poco de conspiración previa, pero el chispazo fue natural, espontáneo, fue gente furiosa que se echó a la calle a pelear.

—El título del libro estaba claro en cuanto vio cómo fue, ¿no?

—Es que el Dos de Mayo no fue un movimiento patriótico, una sublevación nacional. Fue un día de cabreo. Madrileños furiosos contra franceses que estaban aquí. Y eso después generó otras cosas. Pero me ha interesado el fenómeno social, quién combate y por qué. Por eso la novela está llena de nombres, calculo que hay unos 350 personajes. Todos auténticos, porque utilicé las listas de muertos y de heridos y con ellos reconstruí los hechos. Se van formando grupos en las calles: unos son masacrados inmediatamente, otros duran más tiempo, algunos van al parque de Monteleón con armas y se meten allí con los artilleros... pero no hay ninguna coordinación. Son cuatro días, y sobre todo mujeres, hay muchas mujeres en las calles, furiosas, matando franceses, encolerizados.

—Por encima hay un narrador que casi podemos decir que es un corresponsal de guerra que lo está viendo en directo, desde muchos

sitios distintos.

—He intentado aplicar una técnica fría. Es decir, no tener adjetivos, no hablar de héroe ni de gloria ni de terrible, no usar adjetivos que perturbasen la fría realidad de los hechos. He querido contar sin aspavientos el degüello del francés, la carga de los coraceros... Como un reportaje. Además, es cronológico. Empieza a las ocho de la mañana, en Palacio, y termina a las cuatro de la mañana con los fusilamientos de la montaña del Príncipe Pío. Esta jornada la voy contando por barrios, por gentes, por partidas que combatían, siempre intentando no magnificar nada. De pequeño recuerdo la glorificación excesiva, la enorme carga ideológica que nos metían con el Dos de Mayo, y es una fiesta magnífica, que conviene recordar, socialmente muy interesante, pero quería despojarla de ese argumento patriótico y manipulador. Quería contar hechos desnudos. Es una especie de reportaje cronológico.

—Pero es una novela, ¿no?

—Sí, pero es menos novela que libro de historia. Ni quiero ni puedo quitarle el sitio a los historiadores, pero es un libro de historia, un libro reportaje donde he novelado aquellos elementos en los que no disponía del dato histórico. La trama, los personajes y las situaciones son reales. Todo es auténtico, riguroso. La invención puede ser un 25%, y nadie puede discutirme que fuera o no fuera así. Pudo ser así. Ha sido una experiencia muy interesante. Había hecho novelas históricas antes, de hecho los Alariste son noveles históricas, y *Cabo Trafalgar*, pero nunca había hecho una novela donde hubiese tantos elementos diferentes, tantos personajes que coordinar en un trazado urbano para que todas las acciones se fuesen coordinando y el lector pudiese seguirlos. Ha requerido un trabajo de ingeniería narrativa muy complejo.

—Y también ha requerido un trabajo amplísimo de documentación. ¿Quizá sea su novela más exhaustiva en ese aspecto?

—Posiblemente lo sea. Esta vez ha sido en dos años, dos años y medio, una dosis enorme de documentación. Yo conocía el tema, la historia del siglo XVIII y XIX la conozco bien, tengo una buena biblioteca; salvo algún documento que no tenía, he partido de libros de mi biblioteca. Al final hay una relación de libros para que el lector pueda distinguir una cosa de otra, y si quiere pueda profundizar en algunos aspectos de la historia. Ha sido un trabajo a la hora de ordenar la información, porque además hay informaciones contradictorias, son hechos que han sido muy

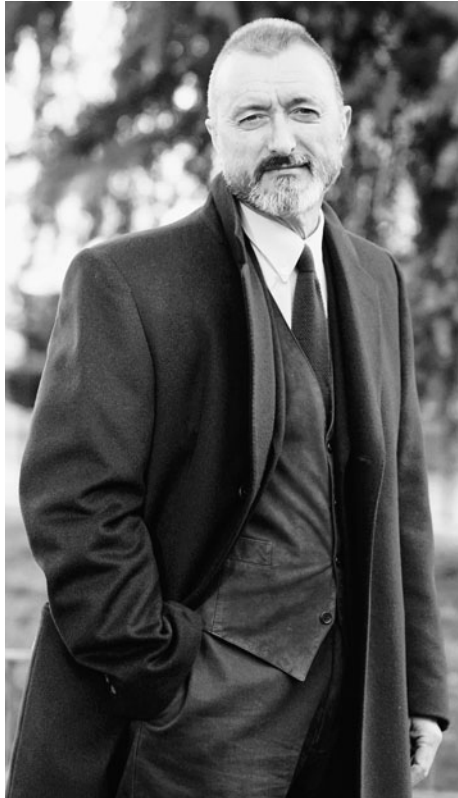
descritos y muy reescritos, historiadores que se basan en otros historiadores, testimonios interesados, gente que se pone flores y que se las quita a otros... Buscar un término medio, separar el grano de la paja, establecer hechos que los historiadores discuten, porque, claro, para contarlos tengo que tomar una opción: si Daoíz murió fuera o dentro, si Velarde gritó o no gritó... He tenido que mirar un montón de opciones históricas y para eso he tenido que mirar un montón de textos y elegir la que más cuadraba con lo que yo estaba haciendo. Este trabajo ha sido apasionante. He aprendido muchísimo. Sobre todo, sobre el carácter de la gente. Ahora entiendo. Yo antes admiraba el Dos de Mayo como hecho histórico, ahora lo comprendo, y no tenía tanto mérito, es lógico lo que ocurrió: cuando a alguien le tocan mucho tiempo las narices al final se cabrea. Pues eso pasó. Esa gente se cabreó. Las revoluciones siempre las hace el pueblo, los que no tienen nada que perder. Y eso fue una revolución, que duró un día.

**—Pasó hace doscientos años, pero puede pasar ahora mismo, y de hecho pasa en otros lugares del mundo.**

—De hecho, yo he visto situaciones similares. Llegué a Bucarest el día de la revolución, cuando la caída de Ceaucescu; era una situación similar: la gente humilde en la calle peleando y la burguesía esperando a que todo pasara. Quien se echa a la calle es aquel que tiene algo que ganar y poco que perder, o quien tiene cuentas pendientes que ajustar.

**—El Dos de Mayo es un episodio nacional, pero más goyesco que galdosiano?**

—Galdós hace algo inmenso. Nos ordena, nos narra y nos cuenta una gesta, la de la Independencia, una guerra dura, heroica en el sentido más noble de la palabra. Nos pasea por un momento importantísimo de nuestra historia, cuando España tomó conciencia de nación verdaderamente. Pero es cierto que el Dos de Mayo en concreto es más goyesco, en el sentido popular: bronco, duro, sucio, espeso. De navaja, de sangre, de sudor, de gente humilde. Es una jornada muy social, en ese sentido, y eso la hace fascinante. Cuando te vas a la puerta de Toledo y ves cómo llega la caballería, los coraceros franceses que vienen de los Carabancheles... Un coracero es un tipo blindado, con casco, coraza, sable largo, un caballo enorme... Caballería pesada, se llamaba. Y ves que salen las manolas y los chulos del Rastro, la gentuza, las putas de por allí y los chulos de puta, la gente de San Francisco y las Vistillas, a pelearse con ellos con espesones de asar, con navajas, con hachas de carnecero, con martillos, con hoces de segar, y se tiran contra esa caballería y frenan la primera oleada. Cómo tenían que estar, y qué cojones. Ellas y ellos. Qué desesperación, qué cólera y qué furia. Ves la Puerta del Sol y la carga que viene del Buen Retiro y cómo en Monteleón no se rinden. Hablamos de El Álamo, en Texas, pues bueno: Monteleón es nuestro Álamo. Daoíz y Velarde son el coronel Travis y John Bowie y David Crockett. Si eso fuera americano habría películas sobre el parque de Monteleón, pero como es español es medio sospechosos: «Militares en el parque, no sé yo». Lo mezclamos todo de una manera tan infame, vil y torpe que al final lo desvirtuamos. Pero



Arturo Pérez-Reverte dice que en su última novela, «Un día de cólera», ha «querido despojar de manipulación al Dos de Mayo»

**«Doscientos años de historia posterior quedan claramente condicionados por esas veinticuatro horas terribles y apasionantes que vivió España, Madrid, el Dos de Mayo de 1808»**

es más que El Álamo, están luchando contra el ejército más poderoso del mundo, contra Napoleón, cuatro tíos en un cuartel con dos capitanes zumbados por su pundonor, que deciden que van a apoyar al pueblo. Es fascinante cómo un movimiento de cólera, un cabreo colectivo, puede dar lugar a un acontecimiento de unas consecuencias tan largas, tan imprevisibles, tan enormes y tan trascendentes para la historia de España, y para la historia de Europa también.

**—¿Y si luego dicen que esta novela es belicista y patrioter? Usted no suele dejar a nadie indiferente.**

—Lo sé, pero es un hecho que está allí, que se manipuló de manera excesiva. Justamente lo que intento es despojarlo de toda esa carga. Nos lo contaminó el franquismo, y también hay movimientos políticos del XIX que manipularon muchísimo el Dos de Mayo. Es una fecha muy manipulada. Desde el día siguiente al Dos de Mayo se empieza a manipular esa fecha: la manipula Fernando VII, la manipulan los liberales, el cantonalismo, la República, el franquismo... Todo el mundo moja en la salsa del Dos de Mayo y del parque de Monteleón y la Puerta del Sol. Vuelvo atrás: vamos a olvidarnos de toda esa carga ideológica. He querido despojar de manipulación al Dos de Mayo. Quiero que el lector, al ver lo que ocurrió, al conocer a los protagonistas, entienda, asuma y saque sus propias conclusiones. En ningún momento lo planteo como una hazaña. Es más, insisto, no fue una hazaña. El mérito estuvo en aguantar, en Monteleón, cuando ya estaba todo perdido. Pero que salieran a la calle fue normal, estaban furiosos.

**—El libro está lleno de retratos, con sus luces y sus sombras. Los «héroes» dudan al principio, por ejemplo, y también vemos cómo los francesados examinan la situación.**

—El Dos de Mayo también alumbró un drama terrible: la tragedia de la inteligencia. La gente culta, con luces, ilustrada, que admiraba la Revolución francesa, que buscaba razón y progreso, de pronto se encuentra ante un dilema: o estás con el enemigo, que son los que traen esas ideas, o estás con tu gente, que están defendiendo a la monarquía, los curas, el oscurantismo, la vuelta atrás. La gente honrada no tenía elección: tenías que elegir a tus compatriotas, por supuesto. Esa tragedia todavía hoy la estamos pagando.

**—¿Dónde hubiese estado ese día Arturo Pérez-Reverte?**

—Muchas veces, escribiendo este libro, me he planteado dónde habría estado, si peleando o en mi casa, mirando, o apoyando a los franceses... Lo que pasa es que ya soy incapaz de tomar esa decisión, porque estoy demasiado contaminado por la Historia y lo que sé. Sé lo que vino después: sé que vino Fernando VII: una represión brutal, los liberales fueron masacrados, encarcelados y perseguidos. Sé que eso nos cerró el paso al progreso y la cultura. Sé que todavía hoy estamos pagando el precio de aquella guerra. Sé que esa jornada, patrióticamente importante, fue cultural e ideológicamente nefasta. Como sé todo eso ya no tengo la libertad de juicio suficiente para poder decidir si habría estado aquí o allá. Sé que puedo decir que me alegro mucho de no haber estado allí.

**—Después de Trafalgar y el Dos de Mayo, ¿va a estar en algún sitio similar?**

—Son dos cosas distintas. *Cabo Trafalgar* era un intento por contar la batalla, con un lenguaje distinto. Aquí los hechos son tan fuertes, es tan importante acercarse a lo que está ocurriendo, que no he querido alterar la actitud del lector ni siquiera con el lenguaje. Es lo más frío, aséptico y distante posible. No sé lo que voy a escribir.

**—Ha dicho que un escritor siempre escribe la misma novela. ¿Un día de cólera es tan heredera de *Los Alatriste* y *Cabo Trafalgar* como de *El pintor de batallas*?**

—Todas mis novelas tienen un aire de familia. Yo voy cambiando y todo se va moviendo conmigo, cambian los puntos de vista, los enfoques, pero el territorio narrativo es el mismo. Hay temas que me preocupan desde niño, como lector, como ser humano, y esos temas van apareciendo en mis novelas.

**—Hay rutas guiadas del Madrid de Alatriste. ¿Se podrían hacer rutas del Madrid de *Un día de cólera*, del Dos de Mayo?**

—Sí, aunque ha cambiado mucho y muchos lugares ya no están, aún es posible hacerlo. Además, la novela lleva un mapa que permite al lector reconocer los lugares y moverse por la calle. Hay lugares concretos que permanecen, como la Puerta del Sol, el palacio de Oriente, la plaza de Malasaña, donde está Monteleón, la plaza Mayor... Hay una forma muy buena de gozar con la literatura y con la historia, y con todo lo que son los libros, que es llevarlos a la calle, a la vida normal. Se puede recorrer las calles del Dos de Mayor

para captar el rumor, todavía.

**—Se podrían seguir, por ejemplo, los pasos de Blas Molina Soriano, para comprender lo ocurrido...**

—Sí. Es el prototipo del pueblo, luchando. Dejó un memorial estupendo porque el tipo quería después que el rey le diese una prebenda, y por supuesto no le dio nada, los reyes en España nunca dan nada. Pero contó todo tan bien que es posible seguir con su testimonio un montón de calles y de sitios.

**—Aunque hay más de trescientos personajes, podemos decir que cuatro o cinco tienen más protagonismo.**

—Quizá más, diez o doce: un par de franceses y los demás españoles. De algunos sólo sé que lucharon y murieron. De otros sé cómo se llamaban, qué profesión tenían. Y de Blas Molina Soriano, el capitán Marbot, Daoíz, Velarde y algunos más sabía mucho. A esos les he dado más entidad para que hubiese más peso en la historia, para que el lector pudiese tener una referencia más concreta, más continua. Justamente el trabajo era ése, mezclar esos personajes que el lector puede seguir con más comodidad con todos aquellos que el lector va a perder.

**—¿Qué pretende con este libro?**

—Con este libro lo que pretendo es que la historia sea útil. Y la historia es útil cuando das los elementos naturales y reales para que el lector inteligente extraiga conclusiones y consecuencias. Yo proporciono material. Esto ocurrió. Así pasó. No hay juicios. No hay héroes. No hay tambores ni trompetas ni fanfarrias. Hay hechos. Esto pasó. En este sentido creo que es la historia más honesta que se puede hacer en este momento. Lo que pasa es que soy novelista, no historiador, y le doy la forma de una novela. Quiero que el lector corra con el aliento de los caballos franceses a la espalda, que se meta en las fachadas de las cosas, que el lector se sienta solidario de un grupo que está con él, o se sienta repelido por otro. Que el lector sienta, que esté allí. Y eso no es historia. Eso es otra cosa. Es un libro para narrar lo que pasó. Los análisis corresponden a otros.

**—¿Y puede ser un punto de partida para comprender los últimos siglos de nuestra historia?**

—Eso he pretendido. En el libro hay claves que valen para después. Claves que yo he descubierto, no es que vaya de profesor. Cuando escribía iba entendiendo, fui comprendiendo cosas que pasaron después: el porqué de la reacción absolutista, por qué la gente después apoyó al rey contra los liberales, por qué el siglo XIX fue como fue, por qué se cortó la esperanza de una revolución de verdad, ideológica, que nos cambiara y nos pusiera al día... En esas pequeñas historias del zapatero, del carpintero, del albañil, de esa gente ruda y humilde, y sencilla y al mismo tiempo cruel y muy bruta, al mismo tiempo entrañable y deleznable, que somos los españoles, con su navaja y su manera de pelear, uno se da cuenta de que están los gérmenes, las explicaciones de muchas cosas: de la guerra civil española, de la guerra carlista, del liberalismo, conservadurismo, de la reacción... Doscientos años de historia posterior quedan claramente condicionados por esas veinticuatro horas terribles y apasionantes que vivió España, Madrid, el Dos de Mayo de 1808.